

Disculpas

Javier González

Cuando llegamos a la puerta de la iglesia apenas hay gente. Un par de grupos reducidos y ninguna cara conocida. Sofía, mi mujer, lleva una pamelita de color rosa que la protege del sol y tras la que disimula su atención concentrada sobre los nuevos invitados que poco a poco van apareciendo. Todavía, de vez en cuando, se vuelve hacia mí y con un gesto de reproche muestra su reprobación hacia mi corbata. Visto un traje azul marino, mi único traje, y una camisa blanca, pero la corbata, una corbata con pájaros de colores sobre un fondo azul claro, que es, también, mi única corbata, está arrugada. La había guardado sin deshacer el nudo desde la última vez que me la puse, y aunque Sofía ha intentado alisarla durante un rato con la plancha, no lo ha logrado.

Nos hemos levantado tarde. Ayer estuvieron cenando algunos amigos en casa, estrenábamos la barbacoa. Chuletas, alcohol y canutos, una buena mezcla para una noche de verano. Nos acostamos cuando comenzaba a amanecer. Hace más de seis meses que vivimos allí, pero ayer, por primera vez, disfrutamos de algo que nos había prometido el vendedor: el espectáculo de ver amanecer sobre Madrid. Primero un fundido cárdeno suavizó la oscuridad, después unas láminas de azul intenso quebraron el cielo uniforme, hasta que, de pronto, todo se iluminó y los perfiles adquirieron un contorno más preciso. La blancura caliza que nos rodea, la silueta misteriosa del Gurugú, los primeros bloques de viviendas de Torrejón. Bajamos la persiana de nuestra habitación, desde la que estábamos mirando, cuando el sol comenzó a reflejarse en los dos grandes depósitos esféricos de combustible que rebajaban con su presencia la grandeza de la visión. Nos dormimos reconfortados, como ocurre a veces después de uno de esos días en que el viento parece soplar con fuerza a nuestro favor.

Una boda nunca ha sido un acontecimiento de mi agrado. Creo que representa un trámite más cercano al derecho que a algún otro tipo de convicción. La mía con Sofía, una ceremonia civil, fue un acto conciso, como corresponde a una diligencia tediosa, pero imprescindible, que debe ser resuelta con rapidez. Sin embargo, la ceremonia eclesial no deja de es-

tar rodeada de un boato y una exhibición ajenos por completo a mi interés. A esto se añade el que nuestra presencia aquí resulta bastante azarosa y se debe, únicamente, a la delegación de mis padres, que se encuentran de vacaciones y necesitan corresponder a la cortesía de sus vecinos, con los que mantienen una buena relación y que les han invitado a la boda de su hijo. "Sólo tenéis que ir a la iglesia y al banquete, el regalo corre de nuestra cuenta", nos animaron. "Hacedlo por nosotros. Además, Carlos los conoce desde hace muchos años". No podíamos negarnos, mis padres nos han prestado dinero para la compra de la casa y no es el mejor momento para contrariarlos.

Continué observando la llegada de los invitados por si veo a alguien conocido. Un antiguo vecino o alguno de los hermanos del novio. Gente con la que poder hablar un rato y establecer unos lazos puntuales que nos hagan más llevaderas las horas que tenemos por delante. Todavía no he descubierto a nadie que sirva a nuestros propósitos cuando me fijo en una pareja que también se mantiene discretamente separada de los grupos que se van formando. Aparentan unos sesenta años y, desde la distancia, parece una de esas parejas que pasan las tardes del domingo contemplando sólo aquello que la vida de los demás puede ofrecerles. La mujer lleva un traje de chaqueta verde pálido y sujeta con una de las manos un pequeño bolso de un color similar, mientras con la otra se aferra al brazo del hombre que viste un traje gris marengo. Es la cara de ese hombre la que ha hecho que mi atención se detenga en ellos. Una de esas caras que se archivan en la memoria y que cuando es de nuevo convocada no se logra asociar con ningún nombre, ni tan siquiera con el suceso que provocó su huella.

Más tarde los pierdo de vista entre el revuelo de los invitados. Saludamos con cortesía a los pocos que conocemos y, cuando comienzan a entrar en la iglesia, nos quedamos rezagados con la intención de acercarnos a un bar donde dejar pasar el tiempo hasta que la ceremonia concluya. Cuando esto ocurre, regresamos de nuevo para felicitar a los novios y después nos dirigimos hacia el hotel donde se celebra la cena del

banquete, deseando que todo acabe pronto para marcharnos a casa y poder descansar.

Aparco el coche lejos del hotel, a sabiendas de lo que se demoran el comienzo de estas celebraciones, y caminamos sin prisa por la Castellana, agarrados de la mano, Sofía con su pamelela y el vestido en seda de damasco y yo con mi traje y la corbata arrugada, conscientes de las miradas que se desvían hacia nosotros, como modelos que avanzan por una pasarela resguardados de cualquier contratiempo.

Nos hemos retrasado y la mayor parte de los invitados ocupa ya su lugar. Los puestos en las mesas están asignados en una hoja en el panel de la entrada que anuncia el nombre del salón. Nuestra mesa es la número ocho. La buscamos con la mirada y no vemos ningún asiento libre. Estamos detenidos en mitad del salón sin saber muy bien qué hacer, cuando veo a la pareja que captó mi interés a la entrada de la iglesia haciendo señas para reclamar nuestra atención. Me dirijo hacia su mesa y Sofía me sigue. Es una mesa redonda, para seis comensales y sólo está ocupada por ellos dos.

– Pueden sentarse aquí –dice el hombre, ofreciendo los otros asientos–, quienes los ocupaban se han cambiado de mesa.

– Siempre es lo mismo, al final cada uno se sienta donde puede –dice la mujer, y nos sonríe mostrando su complicidad.

Miro a Sofía y como respuesta encoge los hombros.

– Está bien –digo–, supongo que da igual, no conocemos a casi nadie.

Así que nos sentamos junto a ellos y me esfuerzo en relacionar la cara de aquel hombre con algún acontecimiento de mi pasado.

– Nosotros somos los padres del chico que se va a casar con una hermana del novio, así que tampoco estamos muy relacionados –dice la mujer.

– Usted es Manrique, ¿no se acuerda de mí? –pregunta el hombre.

Al oír mi apellido en su boca es cuando le sitúo en el espacio y en el tiempo preciso, cuando añado a su cara gestos crispados y vuelvo a escuchar con su voz amenazas de despidos y de reducción de plantilla.

– Cómo podría olvidarle –digo escuetamente, y siento una mezcla de vergüenza contra mí, por el olvido del que fue un enemigo, y de animadversión hacia él, por obligarnos a compartir su mesa.

Las mujeres han permanecido expectantes ante lo que deben de suponer un feliz reencuentro. Rápidamente, Jesús Ochoa salva el paréntesis y realiza las presentaciones.

– Es Carlos Manrique, un antiguo compañero de trabajo –le dice a la mujer–. Ella es Soledad, mi señora.

Sofía se presenta a sí misma ante mi incapacidad para hacerlo. Intercambiamos protocolarios saludos y permanecemos a la espera de la comida. Me tomo un par de copas de vino y agradezco como un bálsamo que Sofía y Soledad inicien una conversación intrascendente, en la que Jesús Ochoa a veces participa, que me permite mantener el pensamiento en otro lado y a la que únicamente aportó una máscara de concentración e interés.

El hombre con el que comparto mesa llegó a finales de la década de los setenta como jefe de personal al banco donde trabajaba. Aquella fue la época en que se vivieron las primeras crisis del sector. Bancos que tenían su negocio volcado en la actividad bursátil y no pudieron resistir las pérdidas de sus carteras de valores, ni el descenso de operaciones que se produjo a raíz de la primera crisis del petróleo y que provocó un hundimiento en la Bolsa sin precedentes. Cuando esto se producía la solución pasaba por una especie de intervención externa para conseguir sanear su cuenta de resultados y ofrecerlo al mejor postor. Jesús Ochoa era uno de los que componían el equipo de intervención y, como ya sabíamos por anteriores actuaciones, su labor era deshacerse de la forma menos gravosa posible del número de empleados que algún estudio hubiera decidido convertir en innecesarios. Tenía fama de hombre duro y de utilizar métodos expeditivos y se complacía en no defraudarla.

Les oigo hablar como rumor de fondo sobre mis recuerdos. En algún momento de la cena escucho a Sofía hablar de nuestra nueva casa, ponderar sus virtudes y concretarla como indicio de felicidad. En otro, escucho a Soledad hablar de la casualidad de habernos encontrado su marido y yo tantos años después, y advertirme de lo mal que lo pasó en el tiempo en que, según su apreciación, fuimos compañeros. “Una época intolerable”, sentencia, mientras Jesús Ochoa asiente discretamente con la cabeza.

En esa época yo pertenecía al comité de empresa. Había sido elegido formando parte de una candidatura cercana a la ideología libertaria que proponía la asamblea y la acción directa como forma de lucha contra los abusos del capital. Por eso,

cuando Jesús Ochoa llegó, precedido por su fama de implacable, estábamos preparados para responderle. Su propuesta de diálogo para reconvertir la situación se limitaba a una negociación impuesta, que incluía amenazas de despido y reducción drástica de plantilla. Las condiciones, inaceptables, nos llevaron a un combate cuerpo a cuerpo. Quizá nuestras armas no fueron las más éticas, pero en una pelea sin reglas nadie debe pedir explicaciones sobre con qué golpea el adversario. Ellos eran los que nos habían dejado sin elección. Dirigimos los golpes hacia Jesús Ochoa, que se arrogaba y, a veces parecía satisfacerle, el papel de mano ejecutora. Su propuesta fue contestada por nuestra parte con insinuaciones de represalias físicas, con llamadas intempestivas a su domicilio particular, con un acoso personal que debió transmitir a otras instancias y que logró, al cabo de unos meses, una negociación consensuada que terminó con la venta del banco a un inversor extranjero que respetaba todos los puestos de trabajo.

Y, ahora, estoy brindando con ese mismo tipo por la ventura de dos personas cuya existencia apenas supone algo más que un pequeño roce de cristales en nuestras vidas. Bebemos champán y licores. Jesús Ochoa acepta un cigarrillo como fin de fiesta. Le observo tras el humo, menos enjuto y fibroso que cuando le conocí, la carne más rellena bajo los pómulos, los movimientos más relajados, sin aquella crispación capaz por sí sola de colocarte en guardia, sonriendo a Sofía, cordero ya, no lobo, al que supongo a la espera de una jubilación que recompense sus desvelos.

Me doy cuenta de que en los últimos minutos me ha dirigido varias veces la mirada, como si pretendiera hablarme pero por alguna razón no tuviera valor para hacerlo. Es una mirada que no rehuyo, si Jesús Ochoa desea decirme algo no se irá yo quien se lo impida.

– ¿Sabe algo de mecánica? –pregunta de repente–. Creo que el ralenti del motor de mi coche está bajo. Se ha calado un par de veces en los semáforos.

– No creo que sea muy complicado subirlo.

– El coche está en el aparcamiento del hotel, podría ayudarme y así volveríamos a casa más tranquilos.

Antes de que Sofía me anime para que le eche una mano, me he puesto en movimiento, Jesús Ochoa me acompaña. La excusa resulta bastante pobre, pero supongo que quizá quiera desahogarse después de tantos años. Tomamos el ascensor y pulsa el botón del sótano. Es un hombre bajo, su cabeza no

llega a la altura de mis hombros. He dejado la chaqueta en el salón, y la corbata hace tiempo que la guardé en uno de sus bolsillos. Jesús Ochoa, por el contrario, mantiene su imagen con decoro, se ha abrochado la chaqueta y la corbata de tonos rojos aparece impecable sobre la camisa blanca. Al salir del ascensor, la iluminación suave de algunos fluorescentes me permite adivinar una planta estrecha y alargada.

– El coche se encuentra al final –me explica mientras caminamos–, el aparcamiento estaba casi completo.

Después de todo es probable que su automóvil tenga

algún problema. Se detiene a la altura de un coche de color oscuro, metalizado.

– Este es –dice–, voy a abrir el capó.

Espero fuera. Jesús Ochoa abre la puerta del conductor y le veo agacharse bajo el salpicadero. Cuando sale de nuevo, tiene una pistola en la mano.

– Entre en la parte de atrás –me dice sin ningún énfasis.

Le obedezco. Estoy tan perplejo que no sé qué pensar. No tengo miedo, de momento sólo se trata de incredulidad. Jesús Ochoa ha entrado en la parte delantera, en el asiento contiguo al del conductor, y me sigue apuntando con la pistola,



Jean-Michel Basquiat, *Africanos de Hollywood*, 1983

aunque quizá se trate de un revólver, porque es uno de esos de tambor, con los que se juega a la ruleta rusa después de haber dejado una sola bala en él. A lo mejor es lo que pretende, asustarme con un juego así.

– Sabe por qué hago esto, ¿verdad? –pregunta.

– Supongo que sí.

La escena resulta ridícula. Le tiembla la mano que sostiene el revólver y se ve obligado a ayudarse con la otra. Está apuntándome por el hueco entre los asientos y sólo puedo ver un revólver plateado de cachas color madera y un pedazo de su cara, los ojos inquietos, los labios muy separados, la barbilla trémula.

– Yo era un buen profesional. Sólo cumplía con la labor que me encomendaban de la mejor forma posible –dice.

– Los asesinos a sueldo también pueden ser buenos profesionales –digo.

Y nada más decirlo pienso que debería haberme callado, casi en el mismo instante en que empiezo a convencerme de que el revólver es una vulgar imitación con la que asustar a algún delincuente incauto.

– Las oportunidades aparecen una sola vez y los fracasos, a ciertos niveles, no se perdonan –continúa, sin que parezca haberle hecho mella el comentario anterior.

– ¿Qué es lo que quiere de mí? –pregunto.

– Sus disculpas, sólo eso. Quiero que pida perdón por todo el daño que me causaron.

No me costaría nada hacerlo. Sin embargo, creo que no es lo que él desea.

– No hay nada por lo que tenga que disculparme.

– Está bien –dice Jesús Ochoa, como si se estuviera cansando del juego–, vamos a ver hasta dónde llega su determinación. Las cosas han cambiado y tal vez hoy sea usted quien más tiene que perder.

Retira el revólver hacia atrás y lo manipula hasta que consigue abrir el tambor. No tengo más que levantar la cabeza hacia el retrovisor para seguir sus movimientos.

– Voy a dejar una bala –dice–, y luego comenzaré a apretar el gatillo. Sólo me detendré cuando escuche su arrepentimiento.

Ninguna bala sale ni entra de un tambor tan compacto que

no soy capaz de apreciar ningún hueco en su interior. Después de cerrarlo, Jesús Ochoa levanta el arma y apunta hacia mis ojos.

– Es su turno –dice, y con un golpe de mano hace girar el tambor, un ruido metálico que se hace infame en el interior del coche.

Permanezco en silencio mientras él va apretando el gatillo. Entre un disparo y otro el tiempo de espera se prolonga durante muchos segundos, como si pretendiera aumentar gradualmente esa tensión ficticia. De vez en cuando le miro a los ojos, tengo que acertar con el momento en que se dará por satisfecho, aquel donde la expiación se iguale al pecado, allí donde el dolor se desvanezca. Elijo el cuarto disparo. Una vez ha efectuado el tercero doy muestras de inquietud, me remuevo en el asiento, compongo un gesto de angustia en mi rostro. Noto la reparación, su contento.

– Lo siento –digo–, siento mucho lo que pasó. Me gustaría borrarlo todo pero eso resulta ya imposible. Sólo espero que acepte mis disculpas.

Tras unos segundos de indecisión, Jesús Ochoa se muestra conforme, baja el revólver y se gira en el asiento hasta darme completamente la espalda.

– Las acepto –dice–. Márchese.

Abro la puerta y salgo del coche. Me alejo con rapidez, sin volver la mirada. En el salón la fiesta continúa, el ruido más intenso que cuando lo abandoné. Algunos invitados se han levantado de sus asientos y se muestran alegres y confiados mientras charlan en grupos. Sofía está sola en la mesa, parece aburrida.

– ¿Dónde os habéis metido? –pregunta.

– Ya te contaré –respondo–. ¿Nos vamos?

Salimos a la calle y nos recibe un viento, cálido y fuerte, que trae algunas gotas de lluvia que ni siquiera ha mojado todavía las calles. Una de esas tormentas de verano, de aire y polvo, que amontona los restos de suciedad en los rincones. Caminamos. Sofía lleva la pámela en su mano izquierda y mi corbata descansa en uno de los bolsillos de la chaqueta. Las calles están vacías y nadie nos mira.